

ENRIQUE VÁZQUEZ PAZ

LA ÚLTIMA MAÑANA

COLECCIÓN JUSTINE - LA PETIT NOUVELLE
EXTRAVERTIDA EDITORIAL
SEVILLA 2020

© 2020, Enrique Vázquez Paz
© Obra cubierta: A cople of trees de Leonardo da Vinci
© Diseño cubierta: Jaime Romero
© 2020, Extravertida Editorial
© Colección Justine - La petit nouvelle

.....
Maquetación: Jaime Romero
.....

ISBN: 9788494899843

1.ª edición, marzo 2020



Editado en Sevilla.

Impreso por Podiprint. Antequera. Málaga.

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler, o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

UNA CERILLA QUE NO TE DEJE CON EL CULO AL AIRE

Bobby lleva tres semanas durmiendo en el Vietnam, el desguace de Red Speers. El lugar, infestado de alacranes, culebras, ratas y perros vagabundos, se extiende un par de hectáreas a lo largo de un llano deforestado, en paralelo a la comarcal que conecta Tribel Rock con Libtton, y apesta a goma quemada. El lugar le repatea, pero la señora Luckber lo ha desahuciado por no pagar el alquiler, y el propietario del desguace es el único vecino de Tribel Rock que no le ha dado con la puerta en las narices.

Bobby se presentó en la nave central del desguace y tocó a la puerta. Poco después, Red abrió embutido en un mono azul, enfangado y fumando un puro, el puro más grande y gordo que Bobby había visto en su puñetera vida.

Durante los siguientes cincuenta minutos, Red había hecho algo que había desconcertado profundamente a Bobby: lo había escuchado con atención, bizqueando y apretando las aletas nasales en una singular mueca que había adquirido mientras regaba con napalm las selvas de Vietnam; cuando Bobby acabó de hablar, Red le propinó una profunda calada a su puro y, al mismo tiempo que exhalaba el humo, dijo:

—Parece que esos cabrones te han jodido a base de bien.

Bobby volteó sus ojos azules, pálidos, acuosos y reptilianos, para dentro, buscando palabras dentro de sí. Al final esto fue lo que encontró:

—Ha sido esa rata de cloaca de la viuda Luckberg. Llamó al *sheriff* Trufinski, y el muy cerdo me puso de patitas en la calle.

—Y has ido casa por casa y todo el pueblo te ha mandado a la mierda, ¿no es así?

—Todos.

Red se mesó la barba mientras revisaba con su mirada a Bobby de arriba abajo.

Sopesaba.

—¿Tienes algo pendiente con la ley, chico? —dijo Red, al fin.

Bobby se metió las manos en los bolsillos. Eso le daba un aspecto inofensivo. Lo hizo inconscientemente en un gesto interiorizado desde los años de secundaria.

Luego dijo, atropelladamente:

—Nada, Red, nada, nada, nada, te lo juro. Vale, debo algo de pasta y me emborraché ayer, armé un poco de escándalo, y esa vieja, esa vieja asquerosa...

—Bueno, bueno, es suficiente, te diré qué vamos a hacer —replicó Red metiendo las manos en uno de los bolsillos de su mono de trabajo y sacando un manojo de llaves—. Abren la verja del Vietnam.

—¿El desguace?

—Una parte del desguace.

—Gracias, Red, gracias...

—No es una suite Bobby, está lleno de trastos hechos un asco, pero en alguno podrás meterte. Y no creo que nadie en su sano juicio vaya a buscarte ahí dentro. Ni siquiera el soplapollas de Trufinski

—Esta te la debo, Red, te compensaré, te lo prometo.

—Bah, una mierda me debes. Pero te lo advierto, chico: si ese cabrón de Trufinski intenta joderme por tu culpa, le diré que me robaste las llaves. ¿Entendido, Bobby?

—Por supuesto, Red, por supuesto. —Cabizbajo, Bobby se despidió de Red y entró en el Vietnam.

Nada más cruzar la verja del Vietnam, se sintió como una cagada de rata. Frente a él, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía un océano de polvo, grasa y aceite, salpicado de restos de coches herrumbrosos que nadie, hasta el fin de los días, iba a comprar.

Bobby maldijo su suerte, y se perdió entre la chatarra.

Durante media hora deambuló sin rumbo por aquel archipiélago de basura industrial sin saber dónde meterse, hasta que se encontró los restos de un Buick del 59. Al cacharro le faltaban muchas partes, pero, al menos, el chasis parecía completo, y, milagrosamente, conservaba tres de las cuatro lunas y las cuatro puertas intactas. Bobby no podía saberlo pero, cinco décadas atrás, aquel Buick había sido la niña de los ojos de Ted Burton, el millonario propietario de Cárnicas Burton. A Ted le gustaba dejarse ver por la calle principal de Tribel Rock conduciendo el cacharro junto a alguna empleada de la factoría. Habitualmente, jóvenes madres solteras con montones de facturas sin pagar... Muchos hombres, al verlo pasar frente al bar de Mak, hedían a dólar fresco, y sonriendo como una hiena, con una mano en el volante y la otra bajo la ropa interior de la chica de turno, murmuraban: «Ted Burton, un cabrón con suerte...» Sin embargo, la noche del 16 de octubre de 1960, a Ted se le acabó de golpe la fortuna y empotró su resplandeciente Buick contra la tapia del burdel Hell Paradise de Lollapalack. Fue la última noche del Buick y su propietario. Los herederos de Ted se dieron patadas en el culo para sepultarlo bajo 40.000 dólares de maderas nobles. Uno de

sus yernos, Milton Banski, carpintero en Komiatic, tuvo el detalle de grabar a cincel una ristra de longanizas sobre la tapa de la caja. Después, todos los familiares se lanzaron a una sobre su legado material. En cuanto al Buick, que presentaba un estado penoso, Red Speers se lo compró al seguro por doscientos pavos. Desde entonces, Red había vendido la junta de culatas, tres llantas, los dos faros traseros y el espejo retrovisor, en total, más de trescientos pavos. Con lo que Red ya le había sacado al cacharro más de cien pavos de ganancias. Suficiente para comprar muchas salchichas.

Desde entonces el Buick estaba allí, en el desguace, aguardando por Bobby.

Y en el Buick pasó Bobby su primera noche en el Vietnam, enroscado sobre su ira como una serpiente de cascabel.

Tras esa primera noche vinieron treinta y cinco más, todas grises, todas frías, todas húmedas, todas igual de jodidas que la primera.

Durante esas noches Bobby tenía siempre el mismo sueño: estaba en pie, en el porche de su casa de Tribel Rock, apurando una Budweiser helada, y, mientras, de rodillas a sus pies, Dorothy Salter le afinaba el instrumento. Pero en el punto álgido de su sueño, Bobby se despertaba temblando, aterido, a horcajadas sobre un amanecer rugoso como el pellejo de un lagarto.

Eran los primeros días del invierno, cuando unas nubes negras y mezquinas descargaban nieve sin piedad sobre Tribel Rock. Entonces, en el Vietnam, se formaban riachuelos de agua gélida que serpenteaban entre la chatarra. A Bobby le gustaba desabrocharse la bragueta nada más

despertar, orinar en uno de aquellos riachuelos y ver aparecer el vapor.

Esa mañana, mientras lo hacía, miraba pensativo para el Buick.

Él y aquel puto coche habían conocido tiempos mejores.

Bobby rebuscó en los bolsillos y encontró un paquete arrugado de Marlboro. Le quedaba tabaco. Eso suponía que aún no había tocado fondo. Aunque levitaba a un jodido palmo del mismo. Aunque tenía las pelotas tan pegadas al fondo como a una centena de dólares, la cantidad de pasta que le quedaba en el bolsillo.

Después de orinar, solía fumar. Bobby giró la rueda del encendedor, pero la piedra saltó por los aires, incandescente, como una puñetera estrella fugaz. Al verla, Bobby recordó que, de niño, al ver pasar una de esas, apretaba los párpados y pedía un deseo: un helado de vainilla, un caramelo de café, un billete de dólar, verle las braguitas a la mamá de Luke Stanton. Bobby contó hasta diez, apretó los párpados y formuló su deseo: que a todos los habitantes de Tribel Rock, excepto a Red Speers, les naciera un bulto en el páncreas, y que ese bulto creciera día a día, doloroso, incurable, mortífero.

¡Qué mierda de encendedor!

Las cerillas eran más fiables. Bastaba con mantenerlas al resguardo de la humedad. Nada de lluvia, nada de pis, nada de saliva, nada de semen, nada de sangre, nada de güisqui, nada de cervezas y las cerillas no te dejaban tirado como a un perro.

Güisqui. Cerveza. ¡Joder, cómo necesitaba un trago!

Desde que dormía en el desguace tenía que patear tres kilómetros hasta la tienda de Trevor Tyller para com-

prar una jodida botella de Jack Daniels. Menos mal que aún conservaba media de su último paseo. Bobby sacó el Jack Daniels de su escondrijo debajo del asiento del Buick, desenroscó el tapón con los dientes y vertió un abundante chorro en su boca. Después, eructó, sacó del bolsillo un Alprazolam y lo engulló sin pensar. La maldita pastilla sabía a demonios. Para no vomitar, Bobby cerró los ojos y se puso a pensar intensamente en Dorothy haciéndole un trabajo bucal. Necesitó concentrarse un par de minutos para reponerse por completo. Después comenzó a caminar por la carretera en dirección a la tienda de Trevor.

Diez minutos después, el güisqui y el Alprazolam copularon en sus entrañas, y su cuerpo se disolvió de cabeza para abajo. En la parte de arriba, donde estaba su cerebro, se desató una tremenda tormenta de bolas de acero.

Desmaterializado, Bobby llegó a la puerta de Tyller, All Things. En ese momento Trevor Tyller estaba izando la persiana y se disponía a entrar. Al verlo llegar, Trevor le sonrió y, a continuación, se sonó los mocos con un pañuelo con la bandera confederada. Junto a él, a un lado de la puerta, había un Donald Trump de cartón. Bobby lo miró, y se dio cuenta de que Donald, a su vez, le observaba.

Trevor agarró por las axilas de cartón a Donald y lo trasladó al interior de la tienda, junto al mostrador.

Bobby lo siguió dentro y dijo:

–Necesito una caja de cerillas.

Trevor lo miró fijamente. Donald enfocó sus ojos en él.

–Ya. Cerillas –dijo Trevor.

–Unas cerillas que no me dejen con el culo al aire –añadió Bobby.

–Ajá –respondió Trevor.

–También quiero una sierra de metal grande. Muy grande. Y un par de metros de cadena de acero. Gorda. Bien gorda.

–Ajá –repitió Trevor–. Y otra vez se sonó los mocos con la bandera confederada.

–Y también cinco rollos de papel higiénico. Grueso. Muy grueso. El más grueso que exista –añadió Bobby.

Trevor se encogió de hombros, y bajó al almacén.

Ahora Bobby estaba a solas con Donald. Con el Comandante en Jefe. Y este lo miraba con inquina.

¿Qué maldita y jodida cosa atraviesa tu estúpida cabeza, Bobby?

Mirando para él a Bobby, se le ocurrió que él mismo era una figura de cartón. Y Trevor. Y la señora Luckberg. Y el *sheriff* Trufanski. Y todos los habitantes de Tribel Rock. ¡Y vaya si arde el cartón!

Entonces, Trevor reapareció:

–Aquí tienes las cerillas, Bobby. Marca Crow and Shine. No encontrarás nada mejor en toda América. Alister Crown, un emigrante galés, las registró en San Francisco en 1847. Dicen que son las que usaba Billy el Niño. Y aquí está la sierra, grande, bien grande, como querías. Y, además, cinco rollos de papel higiénico triple capa, el más grueso, y, para terminar, dos metros de cadena del quince. ¿Es todo, muchacho?

–Es todo, Trevor –dijo Bobby dejando sus últimos cien pavos sobre el mostrador.

–En total, setenta pavos y veintidós centavos. Te sobran casi treinta pavos.

–Pues dame una botella de Jack Daniels. Y el resto en paquetes de Marlboro. –dijo Bobby.

–De acuerdo. Por cierto, ¿estás bien? Te noto...

–¿Qué notas, Trevor?

–No sé, parece como si te hubieras peleado a mordiscos con una retroexcavadora.

–Trevor, no he estado mejor en mi vida –dijo Bobby, y se encaminó hacia la salida.

Estaba a punto de salir cuando Trevor le puso la mano sobre el hombro y le dio algo.

–Toma, chico. Cortesía de la casa. –le dijo.

Bobby enfocó su mirada sobre la pequeña cosita circular que Trevor había puesto en su mano: una chapita para la solapa con la cara de Donald Trump.

Al verla, Bobby no pudo evitar una risotada.

–¿Qué te hace tanta gracia, chico? –preguntó Trevor–. Es el Comandante en Jefe.

–Oh, es su cara.

–¿Qué le pasa a su cara?

–Tiene cara de estreñido.

–¿Estreñido? ¿Qué diablos?

–Trevor, me apuesto contigo diez de los grandes que nuestro Comandante en Jefe guarda un zurullo del tamaño de un 747 en los intestinos –dijo Bobby arrojando la chapita y saliendo al exterior.

Afortunadamente ya no llovía, pero hacía mucho frío. Bobby caminó encogido por la carretera hasta tomar un desvío que ascendía por una colina, durante un par de kilómetros, hasta su objetivo, situado unos quinientos metros sobre el valle del Thausak. Mientras zigzagueaba, en-

tre pinos y abetos, afanándose por mantener la respiración constante, por su mente desfilaba el pelotón de malnacidos que le habían arruinado la vida, encabezados por su padre. Bobby ni siquiera había tenido el placer de conocer a ese bastardo. El muy cerdo le había hecho la barriga a la vieja y se había fugado a Canadá. Allí, un esquimal borracho le había aplastado la cabeza con una machota en el urinario de una gasolinera, una semana antes de nacer Bobby. A la vieja no le bastó con su padre, sino que cuando el cabrón se fue se echó en brazos de Zacarías Makuski, quien le zurraba, un día sí y el otro también. Afortunadamente, el señor es misericordioso y una mañana de otoño pescaron al puto Zacarías, calzando unos zapatos de hormigón, en el fondo de una presa. Al parecer tenía cuentas pendientes con unos amigos de Las Vegas. Muerto Zack, la vieja, lejos de escarmentar, dejó desfilas por su entropierna a toda la escoria de América, los cuales, de paso, tenían la costumbre de dejarle a Bobby algún recadito en forma de puntapié en los testículos. Si la infancia fue jodida, aún peor fue la adolescencia, cuando Bobby ingresó en la escuela municipal de Tribel Rock. Desde el primer día hasta el último, todos malos. Hasta que al final lo expulsaron por pinchar los neumáticos al Mustang del director después de que este le dijese que invertir un solo centavo en su educación era más estúpido que tirar billetes de cien dólares a un pozo de mierda. Pero el broche final a todo este rosario de agravios y humillaciones le llegó hacía un par de meses, cuando lo habían despedido de su trabajo en la Químico and Oil Company. Los muy cerdos le habían dado la patada en el culo después de diecisiete años trajinando en una hedionda cis-

terna rebosante de mejunjes cancerígenos. ¿Acaso un solo día de aquellos malditos diecisiete años se había quejado de su trabajo? ¿Acaso les había dicho a los jefazos alguna vez que movieran su grasiento trasero para darse un remojón en aquella cisterna repleta de bazofia maloliente?

Nunca.

N.U.N.C.A.

N.

U.

N.

C.

A.

Pero, la primera noche en el desguace de Red, Bobby decidió que había llegado la hora de su venganza: el pueblo entero de Tribel Rock había convertido su vida en una meada de perro, pero ahora iban a saber quién era Bobby Flag.

Resollando como un animal ascendió la loma hasta alcanzar la verja que circunvalaba el perímetro de la Químico and Oil Company. La alambrada se prolongaba un kilómetro hacia el oeste, hasta la garita del vigilante, Robert Graham, alias *culo de alce*.

Eran las diez de la mañana, así que *culo de alce* estaría ya más borracho que un mono. Pero, a pesar de todo, no debía subestimarlos; Incluso viendo triple, *culo de alce* podía apretar el botón de la alarma. Por ello, Bobby decidió bordear la alambrada hacia el este, hacia la zona del complejo custodiada por el perro.

Pero, antes de ponerse nuevamente en marcha, Bobby se detuvo a contemplar el fondo del valle. Desde arriba, las vistas de Tribel Rock eran majestuosas. El pueblo, edifica-

do junto al cauce del Thausk, constituía un universo en miniatura. En el extremo norte, junto al puente Klauth, estaba la iglesia del reverendo Duball, el cabronazo que se había negado a confesar a Bobby porque le consideraba un pervertido; en la otra esquina de la calle Wilmor, la tienda de desavíos de Bill Hunter, quien la noche del desahucio había echado a Bobby a patadas de su local por pedir fiada una botella de güisqui, y, al final de la avenida Washington, la vivienda del *sheriff* Trusanski, el maldito marica que lo había echado de su casa.

Cabrones.

Cabrones todos, del primero al último.

Bobby continuó bordeando la valla hacia el este y al doblar una curva sus ojos se hincharon como dos enormes lunas de sangre. A una decena de metros, tras la valla, lo aguardaba su objetivo, Big Daddy, el mayor tanque químico del estado.

Para entonces, la caminata por la nieve lo había dejado exhausto, así que se detuvo, sacó la botella de Jack del petate, bebió a conciencia, y engulló otro Alprazolam. Después observó detenidamente la valla. La hija de puta era muy alta. Dos metros, por lo menos. Pero a cada lado había más de medio metro de nieve y el cóctel de alcohol y benzodiazepinas había transformado a Bobby en un atleta olímpico. Bobby cerró los ojos, cogió varios metros de carrerilla y se lanzó como un misil hacia la valla. Un instante después yacía de bruces en la nieve, al otro lado de la alambrada.

Ahora, con Big Daddy al alcance de sus manos, Bobby se sentía enchufado a una manguera de odio. Apretó los dientes, clavó los puños en la nieve, y se levantó.

Justo entonces, apareció el perro.

Era un dóberman grande. Inmenso. Lanzaba espumajos por la boca y ladraba como un descosido. Y sabía lo que quería: matar.

En un santiamén Bobby tenía sus mandíbulas en la entrepierna.

Pero Bobby se había forrado de pies a cabeza con papel del culo triple capa. Y los mortíferos dientes del animal zozobraron en un cenagoso mar de papel higiénico.

Entonces, mientras el animal trataba de masticarle el muslo, una sonrisa malévola se dibujó en el rostro de Bobby, un segundo antes de descerrajar el bicho el primer cadenazo.

Un relámpago de acero surcó el aire y descendió a toda potencia sobre la cabeza del animal estallándole el cráneo. Un instante después una lluvia de sangre y masa encefálica cayó sobre Bobby, sobre el perro y sobre la nieve.

Media docena de cadenazos más, y la cabeza del dóberman desapareció.

Resollando como un salvaje, Bobby emergió triunfante del combate. Le dolían los brazos de golpear, y estaba bañado en sangre e inmundicia. Se sentía invencible, omnipotente, tan eufórico que se puso las manos alrededor de la boca y aulló como un coyote.

Cuando consiguió serenarse un poco, arrojó todos sus enseres sobre la nieve, excepto la sierra, el güisqui y el tabaco, y después trepó colina arriba al encuentro de Big Daddy.

Si, desde su cálida garita de vigilancia, *culo de alce*, hubiera visto a Bobby zanquear por la nieve con las ropas